

Pueblo pintoresco

■ A lo largo de Chile, las carreteras han sido señalizadas con llamativos carteles que indican en símbolos de fácil captación, lo que el turista puede encontrar en cualquier pueblo o ciudad o si decide internarse por un camino troncal.

Es una plausible iniciativa que ayude a quienes se internan por zonas que desconocen y permite aprovechar en mejor forma un viaje turístico.

Conducía días atrás por una carretera en la zona del Norte Chico cuando advertí un cartel en que se me indicaba sobre una flecha la presencia de un "pueblo pintoresco". Sin vacilar, viré hacia el camino de tierra que me indicaba la flecha, preguntándome cómo sería vivir en un lugar que oficialmente ha sido catalogado de pintoresco, lo que de inmediato le daba a sus habitantes derecho a llamarse, ellos también, "pintorescos".

A los pocos kilómetros de internarme por el camino, llegué al pueblo en cuestión: la misma miseria de los pueblos de la zona, las casas de adobe, la dignidad de una vida modesta y apacible y una plaza que, sea por sus flores, por la glorieta pintarrajeada que exhibía a un costado o por la iglesia, más antigua y más cuidada que en otros pueblos, seguramente había sugerido al funcionario de la Dirección de Turismo a hacer acreedor al pueblo del pintoresco adjetivo de pintoresco.

A medida que avanzaba con mi auto por la calle principal (¿o única?) del pueblo, los lugareños miraban con desconfianza mi cámara fotográfica, lista para disparar al primer asomo de pintoresquismo. Era evidente que, en los últimos días, otros autos como el mío se habían internado por ese camino en busca del pueblo pintoresco prometido en la carretera y a los pobladores de tan sencillo lugar no les hacía gracia esta invasión a su privacidad.

Ninguno de los habitantes se me

acercó cuando detuve el auto, ni se ofreció a darme una seña como me había sucedido en otros pueblos semejantes que había visitado en mi viaje, pero que no ostentaban el cartel oficial de "pintorescos". Advertí que estaban en guardia contra los intrusos.

Mientras vagaba mirando el mismo paisaje humano y arquitectónico de tantos pueblos semejantes de la región, recordé otros lugares en el extranjero que las guías turísticas recomendaban visitar. Ahí, se había desarrollado una subindustria del turismo consistente en improvisados guías que llevaban al viajante a conocer casas, templos y edificios mientras contaban historias que seguramente eran inventadas, pero que los hacía acreedores de unas monedas de propina. O, también, puestos de "souvenirs" con horribles ceniceros o cacharros en que se pintaba el nombre de la localidad y que el turista pagaba con creces para recordar el pintoresco lugar cuando regresaran a casa. Y sentí el temor —más propiamente terror— de que ese pueblo de pereoso ritmo y modestas gentes se convirtiera, por obra y gracia del cartel indicador en la carretera, en uno de esos lugares que, por unos pesos dadi-vosos, se sumen en un intenso ajetreo para explotar al turista.

Yo sugeriría que se suprimiera el cartel que indica la existencia de un "pueblo pintoresco". Dejemos al turista juzgar por sí mismo si le parece pintoresco o no, si es acreedor a apretar en él el obturador de su cámara fotográfica o si merece llevarse un recuerdo de él.

El turismo es importante, hay que promoverlo, es fuente de conocimiento, pero, también, trae consigo la corrupción y el mercantilismo improductivo. Si un pueblo es promocionado oficialmente como "pintoresco", ¿cómo no se sentirán tentados sus habitantes de sacar partido de este apelativo? Y si eso sucede, en ese mismo momento se le acaba todo su eventual pintoresquismo.